

Cholito se encuentra con un raro y extraño personaje

Perdido en la selva amazónica, Cholito, personaje de mil aventuras, avanzaba por trochas antiguas o abriéndose camino con su machete buscando afanosamente a su amiguito Uti Bari, un niño de la tribu de los huambisas, con quien hacía sólo unas pocas horas había huido de las plantaciones de coca donde ambos trabajaban en condición de esclavos, aprovechando de la gran borrachera que se habían dado el patrón y los capataces en la celebración de un cumpleaños.

A fin de no despertar sospechas, primero había escapado Uti Bari, quien advirtió a Cholito que lo esperaría a dos kilómetros de allí, en un bosque de cocoteros. Mas cuando este ya llegaba al lugar indicado, los ladridos de unos perros, que él temió fueran los del patrón, lo desviaron de la ruta. Y cuando más tarde regresó, ya Uti Bari no se encontraba.

Su única esperanza era ahora, de no dar con su amigo, salir a algún río cuya desembocadura confluyese con el Marañón o el Huallaga y poder encaminarse así a su pequeño pueblo situado en los Andes.

Varios meses atrás, Cholito había salido de su terruño en busca de trabajo en la selva alta, a fin de poder ayudar a su madre a mantener a sus hermanitos pequeños, huérfanos como él.

En uno de los pueblos de esa zona conoció a un hombre de apellido Munguía, quien lo entusiasmó con conseguirle trabajo en la selva baja: “ganando buen sueldo, ñaño, y con la alimentación asegurada”, que el niño aceptó ilusionado. Después fue a dar a esos cocales escondidos en el monte de los que hemos hablado arriba, y en donde el individuo aquel lo dejó en manos de un hombre malvado que esclavizaba niños haciéndolos trabajar doce horas diarias y sin reconocerles un solo centavo, dándoles apenas una magra alimentación consistente en arroz, yuca y plátanos, que era la ración de todos los días. La mayoría de los niños eran nativos raptados de sus tribus, al igual que Uti Bari.

Caía la tarde y los árboles con sus tupidas ramas oscurecían la selva.

Nuestro amiguito, que acababa de salir a un claro, descubrió de pronto una planta de shimbillo cargada de frutos maduros que le apetecieron.

Cuando se dirigía muy contento a coger algunos de esos ricos frutos para saborearlos, oyó que alguien lo llamaba desde el otro lado del bosque, donde continuaba la trocha. Al volverse, su pecho se hinchó de alegría al reconocer al dueño de la voz:

—¡Uti Bari! —exclamó corriendo a abrazarlo.



Mas Uti Bari, que parecía tener mucha prisa, recibió el abrazo sin mucha efusión y se apartó rápido, manifestándole que no había tiempo que perder, Cholito, que lo siguiera, que el río estaba cerca y había allí una canoa esperándolos; y se adelantó por ese camino que apenas se abría en el bosque.

Nuestro amiguito avanzaba a paso largo, esforzándose por no quedar muy rezagado. Apartando con sus manos las ramas que lo atajaban, Uti Bari aceleraba el paso más y más, haciéndole señas de cuando en cuando de que no se detuviera, que siguiera adelante.

La oscuridad se metía en el bosque con más intensidad, y Cholito ya se iba cansando. Deseaba de todo corazón que Uti Bari se detuviera siquiera un instante para tomar aliento y continuar. Sin embargo, el pequeño huambisa no parecía tener conciencia de nada que no fuera sino huir, y avanzaba y avanzaba.

Así siguieron durante un buen rato. El niño de los Andes, completamente extenuado, veía con desesperación a su amigo que se alejaba cada vez más con pasos acelerados. El rumor del río ni lejanamente se percibía.

El sol ya se ocultaba y las sombras se espesaban en el bosque haciendo más difícil la progresión. Cholito ya no pudo más. Se paró un momento, azezante, y llamó a su amigo pidiéndole que por favor se detuviera y lo esperara.

Uti Bari por fin le hizo caso. Se detuvo a esperarlo. Había mucha ironía en su rostro cuando Cholito se aproximó. Nunca antes este había visto tal gesto de burla en la dulce faz de su amigo como ahora. Esto lo desconcertó, y más aún cuando Uti Bari reemprendió la caminata sin darle tiempo a colocarse a su lado, mientras decía:

—Tenemos que llegar a la canoa, Cholito, antes de que se cierre la noche... Ven, sígueme, no te detengas...

Fue en ese momento que una gran sospecha se encendió de pronto en la mente de Cholito. Ávidamente miró los pies de su amigo, y comprobó que estos eran desiguales: uno era como de cabra o venado, y el otro, humano.

—¡El chullachaqui! —exclamó deteniendo su marcha, y recordó en fracción de segundos las muchas historias que sobre este duende de la selva, que solía tomar la apariencia de familiares o conocidos para confundir a la gente, había oído en repetidas ocasiones.

Y, ante los asombrados ojos de nuestro amiguito, ocurrió algo inesperado: Uti Bari, dejando de ser el niño esbelto que era, se convirtió de pronto en un enano barrigudo de rostro bonachón, quien, con las regordetas manos a la cintura, dijo riendo:

—Me descubriste, ñaño. Eres un fregao.

Cholito, que se había quedado pálido y tembloroso, por fin pudo recuperarse al comprobar que este duende se parecía al de los Andes, a quien había visto en repetidas ocasiones. Entonces fue que se atrevió a replicarle:

—El fregao eres tú, amigo. Me engañaste y me hiciste cansar.

—¡Ji, ji, ji, ji! —rió el duende con ganas, cogiéndose la barriga—. No tenía otra alternativa, ¡ji,ji,ji!, si no te comías mis ricos shimbillos, ¡ji,ji,ji!

—Eres malo y egoísta —le dijo Cholito con fingido reproche en su voz. Mas el chullachaqui, que al parecer no entendió la broma, se ofendió, poniéndose serio de golpe, a la vez que decía:

—¿Malo, yo? Ahora vas a conocer a los verdaderos malos.

Bastó que le tocara el hombro con la mano y nuestro amiguito sintió que caía en un vacío sin fin y como que se alejaba y se alejaba de estos tiempos para ir a dar a otros más remotos, desconocidos...